

Nuevo pensamiento

Intervención, tutela y poder
desnudo: Venezuela como punto
de inflexión hacia el nuevo
(des)orden global

Ruth Ferrero-Turrión

Escribe Ruth Ferrero, colaboradora en geopolítica de AVANZA: “El ataque de Estados Unidos contra Venezuela el 3 de enero de 2026 y el secuestro del presidente Nicolás Maduro constituyen un punto de inflexión en la arquitectura de seguridad hemisférica. Lejos de ser una acción aislada o improvisada, la operación debe leerse como parte del despliegue de la Estrategia de Seguridad Nacional estadounidense, que concibe el hemisferio occidental —desde Groenlandia hasta Tierra de Fuego— como un espacio estratégico a controlar ante la presencia creciente de actores extrahemisféricos, en particular China y Rusia.”

Y añade: “Este escenario debe ser leído en el plano regional como el despliegue de la Estrategia de Seguridad Nacional estadounidense recientemente publicada en donde se aboga por el control del hemisferio occidental.”

“La idea es alcanzar el control total del continente americano, en una suerte de una nueva reconfiguración del mundo en esferas de influencia. La forma de alcanzar este objetivo es diversa y va desde las vías políticas y diplomáticas, pasando por la presión económica y allí donde estas presiones no funcionen, entonces, como en el caso de Venezuela, utilizar el uso de la fuerza directa.”

Ruth Ferrero-Turrión

Intervención, tutela y poder desnudo: Venezuela como punto de inflexión hacia el nuevo (des)orden global

El ataque de Estados Unidos contra Venezuela el 3 de enero de 2026 y el secuestro del presidente Nicolás Maduro constituyen un punto de inflexión en la arquitectura de seguridad hemisférica. Lejos de ser una acción aislada o improvisada, la operación debe leerse como parte del despliegue de la Estrategia de Seguridad Nacional estadounidense, que concibe el hemisferio occidental —desde Groenlandia hasta Tierra de Fuego— como un espacio estratégico a controlar ante la presencia creciente de actores extrahemisféricos, en particular China y Rusia.

Los efectos inmediatos para Venezuela, más allá del shock inicial y la cautela de los líderes políticos del gobierno y de la oposición, **no parecen ser el colapso del régimen sino una reconfiguración del mismo bajo tutela externa**. La negociación directa entre el secretario de Estado estadounidense, Marco Rubio, y la vicepresidenta Delcy Rodríguez (ahora ya presidenta encargada) indica que Washington no busca una ruptura total del entramado chavista, sino una gestión controlada de la crisis que garantice una estabilidad impuesta desde fuera, cooperación coercitiva y reordenamiento de prioridades estratégicas, especialmente en el ámbito energético y de seguridad, y todo ello en nombre de los intereses de Estados Unidos. Esta interlocución confirma que el secuestro de Maduro no persigue, por tanto, una transición democrática clásica, sino la

sustitución de un liderazgo considerado disfuncional por un esquema de gobernanza condicionado y dirigido desde el exterior.

Este escenario tiene implicaciones claras, siendo la primera de ellas que la soberanía venezolana queda severamente limitada mientras que la institucionalidad se reconfigura de manera coercitiva. La ausencia del presidente no abre un proceso constituyente ni un debate político soberano, sino que consolida un modelo de excepcionalidad permanente, donde las decisiones clave se toman fuera del marco democrático y bajo presión externa. Para la sociedad venezolana, esto implica ausencia de democracia, continuidad de la precariedad económica, persistencia de sanciones selectivas y una recuperación condicionada a la aceptación estricta de los términos impuestos por Washington.

Este escenario debe ser leído en el plano regional como el despliegue de la Estrategia de Seguridad Nacional estadounidense recientemente publicada en donde se aboga por el control del hemisferio occidental a través de una adaptación de la doctrina Monroe y su corolario, renombrado “Donroe” en honor al actual presidente. La idea es alcanzar el control total del continente americano, en una suerte de una nueva reconfiguración del mundo en esferas de influencia. La forma de alcanzar este objetivo es diversa y va desde las vías políticas y diplomáticas, pasando por la presión económica y allí donde estas presiones no funcionen, entonces, como en el caso de Venezuela, utilizar el uso de la fuerza directa. Desplegando una suerte de doctrina de seguridad hemisférica que abunda en una crisis sistémica global en la que estamos inmersos desde, al menos, 2022. De hecho, podemos afirmar, que en estos momentos América Latina es el primer territorio de confrontación directa entre China y EEUU, donde el primero quiere continuar manteniendo sus ventajosas relaciones comerciales, en muchos casos extractivistas, y donde el segundo quiere expulsarlo de este tablero.

En este contexto la UE se encuentra ante un dilema estratégico y normativo en un mundo de configuración de esferas de influencia ante las que no encuentra acomodo. La UE queda, de este modo, atrapada entre su discurso de defensa del derecho internacional y su dependencia estructural de Estados Unidos en materia de seguridad y defensa. La ausencia de una condena clara del secuestro de un jefe de Estado y la aceptación tácita de la injerencia estadounidense, además, erosiona su credibilidad como actor normativo global. Este nuevo paso en la reconfiguración global impacta de manera directa a intereses europeos vinculados al acceso a recursos energéticos, seguridad jurídica de inversiones, gestión de flujos migratorios, así como a iniciativas comerciales específicas tales como el Acuerdo UE-Mercosur. Pero la principal preocupación se sitúa en este momento en Groenlandia y el reclamo explícito de su control por parte de Washington en un momento en el que la UE está instalada en un papel subordinado, donde sus respuestas son más reactivas que estratégicas, tal y como ha quedado de manera evidente en las declaraciones de los representantes europeos.

El secuestro de un jefe de Estado y la posterior gestión del poder que se observa a estas horas evidencian la consolidación de un mundo organizado en esferas de influencia, donde las reglas comunes han dejado de operar como límite efectivo al ejercicio del poder. El simulacro de multilateralismo queda relegado a un plano retórico, mientras el poder duro —militar, económico y coercitivo— se impone como principal instrumento de ordenación del sistema. En este contexto, la multipolaridad no se traduce en mayor equilibrio ni en gobernanza compartida, sino en una competencia abierta entre potencias por el control de espacios estratégicos, con escasos contrapesos y altos costes para los Estados más vulnerables y con menor poder duro, tal y como es el caso de la UE que se encuentra en una profunda crisis existencial y donde tiene que lidiar con amenazas externas (Rusia y EEUU), así como internas (fuerzas reaccionarias).

En esta coyuntura se hace indispensable ofrecer una respuesta que opere en términos territoriales y de ofensiva ideológica. De este modo, las alianzas entre Europa y las regiones del sur global en disputa se hacen imprescindibles, siempre, además, teniendo en cuenta que a lo que nos enfrentamos es a ofensivas imperiales por un lado, y a ofensivas ideológicas muy bien organizadas que operan de manera cómoda dentro de ese contexto. ,y América Latina, la aceleración de una respuesta

Venezuela se convierte así en un caso paradigmático de un orden internacional desregulado y jerárquico, donde la fuerza sustituye de manera abierta al derecho como su principio organizador. Nadie se puede llevar a engaño cuando el siguiente objetivo en el horizonte lleva ya nombre: Groenlandia.